



## CAPÍTULO VII

### La sublevación de los campos en los primeros meses de 1789



NADA sería más falso que imaginarse o representarse Francia como una nación de héroes en la víspera de 1789, y Quinet obró perfectamente destruyendo esa leyenda que se había intentado propagar. Es evidente que si se reunieran en un corto número de páginas algunos hechos, poco numerosos por cierto, de franca resistencia al antiguo régimen por parte de la burguesía — como, por ejemplo, la resistencia de d'Epresmenil —, podría trazarse un cuadro muy sensacional; pero lo que admira, sobre todo cuando se considera en general toda Francia, es la *carencia de protestas serias, de afirmación del individuo, hasta el servilismo de la burguesía*, me atrevo a decir. «Nadie se da a conocer», dice muy justamente Quinet. Ni siquiera se ofrece la ocasión de cono-

cerse a sí mismo. (*La Révolution*, edic. de 1869, t. I. p. 15). Y pregunta: ¿Qué hacían Barnave, Thouret, Sieyès, Vergniaud, Guadet, Roland, Danton, Robespierre y tantos otros, que pronto habían de ser héroes de la Revolución?

En las provincias, en las ciudades, reinaba el mutismo, el silencio. Fué preciso que el poder central llamase los hombres a votar y a decir en alta voz lo que todos se decían por lo bajo, para que el Tercer Estado redactase sus famosos cuadernos. ¡Y cuánta deficiencia aún! Porque si en algunos cuadernos hallamos palabras audaces de rebeldía, ¡cuánta sumisión, cuánta timidez en el mayor número, qué moderación en las peticiones! En resumen, después de pedir el derecho de llevar armas y algunas garantías judiciales contra la arbitrariedad de las detenciones, sólo piden los cuadernos del Tercero un poco más de libertad en los asuntos municipales (1). El atrevimiento de los diputados del Tercero vino después, cuando se vieron sostenidos por el pueblo de París y cuando la rebelión de los campesinos comenzó a amenazar seriamente; entonces acentuaron su actitud frente a la corte.

Felizmente el pueblo se declaró en rebeldía en todas partes, desde los movimientos provocados por los parlamentos durante el estío y el otoño de 1788, y la ola fué subiendo hasta el gran levantamiento de las poblaciones rurales en julio y agosto de 1789.

Ya hemos dicho que la situación de los campesinos y del pueblo en las ciudades era tal, que bastaba una mala cosecha para producir una subida espantosa en el precio del pan en las ciudades y el hambre en los pueblos. Abolida la servidumbre en Francia, al menos en las propiedades privadas, hacía ya mucho tiempo, los campesinos ya no eran siervos. Desde que Luis XVI la abolió en los territorios reales

(1) En cuanto a las peticiones que después excitaron el furor de los propietarios, bueno es notar estas: la tasa sobre el pan y la carne, establecida según los precios medios, es pedida por Lyon, Troyes, París y Chalons. Rennes pide que «el salario se regule periódicamente sobre la extensión de la necesidad de los jornaleros», y muchas ciudades piden que se asegure el trabajo a todos los pobres válidos. En cuanto a los realistas constitucionales, y eran numerosos' se ve por el proyecto de «Cuaderno general», analizado por Chassin (*Les élections et les cahiers de Paris en 1789*, t. III, 1839, p. 185), que querían limitar las deliberaciones de los Estados Generales a la cuestión de hacienda y a unas economías en los gastos de la casa del rey y de los príncipes.

en 1779, no quedaban en 1788 más que 80,000 siervos en el Jura, y todo lo más 1.500,000 en toda Francia, menos quizá, y esos siervos no lo eran en el sentido estricto de la palabra. En cuanto a la gran masa de los campesinos franceses, habían cesado de ser siervos; pero continuaban pagando, en dinero y en trabajo, todavía en servidumbre



A LOUIS XVI, PADRE DE LOS FRANCESES Y REY DE UN PUEBLO LIBRE

personal, con su libertad. Esas cargas o tributos eran en extremo pesadas y variadas, pero no eran arbitrarias: se consideraban como pago por el derecho de posesión de la tierra, sea colectiva en el municipio, sea privada, sea, por último, en arrendamiento; y cada tierra tenía sus cargas, tan variadas como numerosas, consignadas cuidadosamente en los libros de registro de la propiedad.

Además habíase conservado el derecho de justicia señorial. Sobre muchas tierras el señor continuaba siendo juez, o bien nombraba

los jueces; y en virtud de esta antigua prerrogativa, percibía toda clase de derechos personales sobre sus ex-siervos (1). Cuando una anciana legaba a su hija uno o dos árboles y algunas ropas viejas (por ejemplo, « mi falda negra uatada »)—yo he visto algunos de estos legados—« el noble y generoso señor » o « la noble y generosa dama del castillo » percibía tanto o cuanto sobre tal legado. El campesino pagaba también por el derecho de matrimonio, de bautismo y de entierro;



TIPO PARISIÉN — EL AFILADOR

pagaba sobre cada venta y compra que operaba, y su derecho de vender sus cosechas o su vino era limitado: no podía vender antes que el señor. Por último, se habían conservado toda clase de peajes para el uso del molino, de la prensa, del horno, del lavadero, de tal camino, de tal vado, lo mismo que los censos en avellanas, setas, tela, hilo, considerados antiguamente como donativos « de alegres sucesos ».

En cuanto a las servidumbres personales obligatorias, variaban al infinito: trabajos en los campos del señor, trabajos en sus parques y jardines, trabajos para satisfacer toda clase de caprichos... En algunas villas había hasta la obligación de agitar las aguas del estanque durante la noche para que las ranas no quitasen el sueño al señor.

Personalmente el hombre se había emancipado; pero todo ese tejido de pagos y de exacciones que se había constituido poco a poco, por la astucia de los señores y de sus intendentes, durante los siglos

(1) En un excelente folleto, *Les fleaux de l'agriculture*, obra para apoyar los cuadernos de quejas de los campos, por D., 10 abril 1789. se encuentra la exposición de las causas que impedían el desarrollo de la agricultura, especialmente la inmensidad de los impuestos, los diezmos «sólitos» e «insólitos», siempre crecientes, los excesos de la caza por abuso de privilegios de caza, y las vejaciones y abusos de las justicias señoriales. Se ve, pues, que «por medio de las justicias sometidas a los señores feudales, los señores se han hecho déspotas, y sujetan a los habitantes de los campos en las cadenas de la esclavitud» (pag. 95)

de existencia de la servidumbre, continuaba envolviendo al campesino.

Además, el Estado estaba allí con sus impuestos, sus derechos, sus cargas y servidumbres siempre en aumento; y el Estado, como el intendente del señor, aguzaba su imaginación para hallar algún nuevo pretexto y alguna nueva forma de imposición.

Verdad es que, desde las reformas de Turgot, los campesinos dejaron de pagar ciertas tasas feudales, y había gobernadores de provincia que se negaban a recurrir a la fuerza para cobrar ciertos impuestos que consideraban como exacciones injustas; pero los grandes tributos feudales, a la tierra inherentes, habían de pagarse por completo, y se hacían mucho más pesados en razón de que los impuestos del Estado y de la provincia que se les agregaban iban siempre en aumento. Así no hay exageración en los sombríos cuadros de la vida rural que nos presenta cada historiador de la



SIEYES

Revolución; pero no hay exageración tampoco cuando se nos dice que en cada pueblo había algunos campesinos que se creaban cierta prosperidad, y que éstos deseaban ante todo sacudir todas las obligaciones feudales y conquistar las libertades individuales. Los dos tipos representados por Erckmann-Chatrian en la *Historia de un campesino*—el del burgués de pueblo y el del campesino aplastado bajo el peso de la miseria—son verdaderos, existían los dos: el primero dió la fuerza política al Tercer Estado, en tanto que las bandas de insurgentes, que desde el invierno de 1788 a 1789 comenzaron a obligar a los nobles a renunciar a las obligaciones feudales inscritas en los registros de la propiedad, se reclutaban entre los míseros de los pueblos, que sólo tenían una choza de tierra por albergue, y castañas y el rebusco por alimento.

La misma observación se aplica a las ciudades. Los derechos feudales se extendían sobre las ciudades lo mismo que sobre los pueblos;

las clases pobres de las ciudades estaban tan abrumadas de pagos feudales como los campesinos. El derecho de justicia señorial permanecía en pleno vigor en muchas aglomeraciones urbanas, y las cabañas de los artesanos y de los peones pagaban los mismos derechos, en caso de venta o de herencia, que las casas de los campesinos. Muchas



VISITA DEL SEÑOR AL COLONO

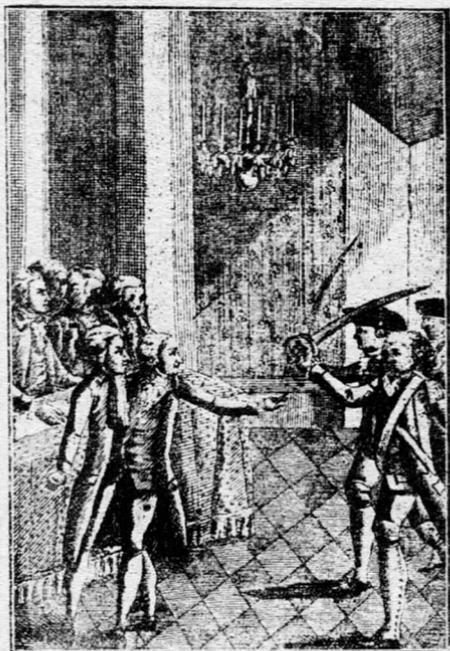
ciudades pagaban todavía un tributo perpetuo como rescate de su antigua sumisión feudal. Además, la mayor parte de las ciudades pagaban al rey el *don gratuito* por la conservación de una sombra de independencia municipal, y toda esa enorme carga pesaba sobre las clases pobres. Si se añaden los pesados impuestos reales, las contribuciones provinciales y las servidumbres personales, la gabela, etc., lo mismo que la arbitrariedad de los funcionarios, el subido coste de los procedimientos judiciales, la imposibilidad para un plebeyo de obtener justicia contra un noble o contra un burgués rico; pensando en toda esa clase de opresiones, de insultos y de mortificaciones que había de sufrir el jornalero, podríamos formarnos idea del estado de las clases pobres al llegar a 1789.

Pues de las clases pobres vino esa rebeldía de las ciudades y de las poblaciones rurales, que dió a los representantes del Tercero en los Estados Generales el atrevimiento de resistir al rey y de declararse Asamblea constituyente.

La sequía hizo fracasar la cosecha de 1788 y el invierno fué muy riguroso. Muchos inviernos rigurosos y malas cosechas había habido antes, y también había habido motines populares. Todos los años había escasez en alguna parte de Francia, y con frecuencia esa escasez se extendía a un tercio o a un cuarto del reino; pero esta vez se había suscitado *la esperanza* por los acontecimientos precedentes: las asambleas provinciales, las reuniones de Notables, las insurrecciones a propósito de los parlamentos en las ciudades, que se extendían también (ya lo hemos visto, a lo menos, por Bretaña) a los pueblos. Y los levantamientos de 1789 tomaron pronto una extensión y un aspecto amenazadores.

Me ha asegurado el profesor Karéeff, que ha estudiado el efecto de la Gran Revolución sobre los campesinos franceses, que en los Archivos nacionales hay grandes legajos referentes a las insurrecciones de los campesinos que precedieron a la toma de la Bastilla (1).

Por mi parte, hallándome en la imposibilidad de estudiar los archivos en Francia, pero habiendo consultado muchas historias provinciales de aquella época (2), había llegado ya en mis trabajos ante-



MOTÍN EN PROVINCIA

(Reproducción de una estampa de la época)

(1) Se sabe hoy que Taine, que había estudiado las relaciones de los intendentes sobre esas insurrecciones, sólo consultó 26 legajos de relaciones sobre 1770 (Aular, *Taine, historien de la Révolution française*, 1907).

(2) El Jura por Sommier, el Languedoc por Vic y Vaissete Castres por Combes Bretaña por Du Chitellier, el Franco-Condado por Clerc, la Auvernia por Dulare, el Berry por Reynal, el Limousin por Leymaire, la Alsacia por Strobel, etc.

riores (1) con plena convicción que habían estallado muchos motines en las poblaciones rurales desde enero de 1789 y aun desde diciembre de 1788. En algunas provincias la situación era temible a causa de la escasez, y por todas partes se apoderaba de las gentes un espíritu de rebeldía poco conocido hasta entonces. En la primavera se hicieron cada vez más frecuentes las rebeliones en Poitou, Bretaña, Turena, Orleanesado, Normandía, Isla de Francia, Picardía, Champaña, Alsacia, Borgoña, Nivernés, Auvernia, Languedoc y Provenza.

Casi todos esos motines tenían el mismo carácter. Los campesinos, armados de cuchillos, hoces y palos, recorrían los pueblos; obligaban a los labradores que presentaban granos al mercado a venderlos a un precio «honrado» (por ejemplo, 3 libras el celemín), o iban a tomar el trigo en casa de los mercaderes de grano, y «se lo repartían a precio reducido», prometiendo pagarle a la próxima cosecha; en otras partes obligaban al señor a renunciar durante dos meses a su derecho sobre las harinas; u obligaban al ayuntamiento a tasar el pan, y algunas veces «a aumentar en cuatro sueldos la jornada de trabajo». Donde el hambre era más terrible, los obreros de la ciudad (en Thiers, por ejemplo) iban a recoger trigo en las eras. Frecuentemente se forzaba los graneros de las comunidades religiosas, de los agiotistas monopolizadores o de los particulares y se suministraba harina a los tahneros. Además se vió ya formarse aquellas partidas compuestas de campesinos, de leñadores, y a veces también de contrabandistas, que iban de pueblo en pueblo, se apoderaban de los graneros, y que poco a poco comenzaban también a quemar los registros de la propiedad y a obligar a los señores a abdicar sus derechos feudales; esas bandas dieron pretexto en julio de 1789 a la burguesía para armar sus milicias.

Desde enero se oyó también en esos motines el grito de *¡Viva la libertad!*, y entonces también, pero más claramente desde el mes de marzo, se vió a los campesinos en diversos puntos negarse a pagar

(1) *La Grande Révolution*, folleto, Paris, 1890; *The Great French Revolution and its Lesson*, artículo aniversario en la revista *Nineteenth Century*, junio 1889. Artículos sobre la Revolución en *La Révolte* de 1889.

los diezmos y los censos feudales y hasta los impuestos. Además de las tres provincias, Bretaña, Alsacia y el Delfinado, citadas por Taine, se encuentran huellas de tales movimientos en toda la parte oriental de Francia.

En el Mediodía, en Agde, durante el motín de los días 19, 20 y 21 de abril, « el pueblo se ha persuadido locamente de que lo era todo », dicen el alcalde y los cónsules, « y que lo podía todo, vista la su-puesta voluntad del rey sobre la igualdad de las clases ». El pueblo amenazaba a la ciudad con un saqueo general si no se bajaba el precio de todas las provisiones y si no se suprimía el derecho de la provincia sobre el vino, el pescado y la carne; además—y aquí se ve ya el buen sentido *comuna-lista* de las masas populares en Francia—, « quieren nombrar cónsules de su clase », y esas peticiones fueron concedidas a los rebeldes. Tres días después el pueblo exigía que el derecho de molienda se redujese a la mitad, y así se acordó (1).



#### LIQUIDACIÓN JUDICIAL,

LOS LEGAJOS PROCESALES QUEMADOS ANTE  
EL GORRO FRIGIO

(Reproducción de una estampa de la época)

Esa insurrección es la imagen de otras ciento. El pan era el primer motivo del movimiento; pero pronto se le agregaban reclamaciones que eran del dominio en que las condiciones económicas y la organización política se tocan, en el cual el movimiento popular procede siempre con más seguridad y obtiene resultados inmediatos.

En Provenza, también en marzo y abril de 1789, más de cuarenta villas y ciudades, entre las cuales Aix, Marsella y Tolón, abolieron

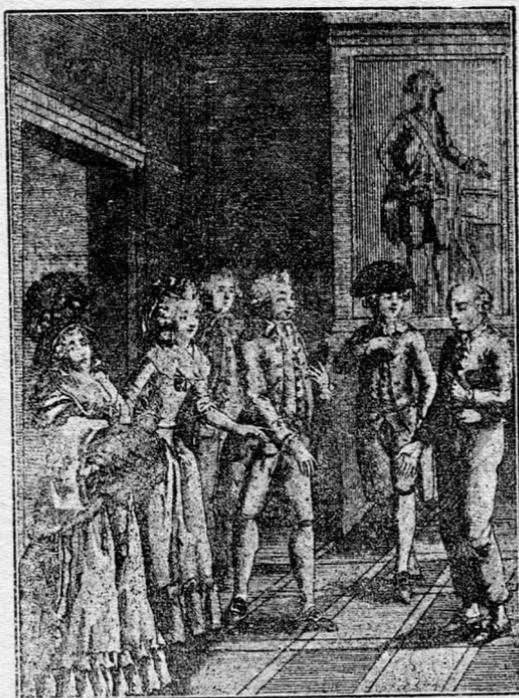
el impuesto sobre la harina, y en diferentes puntos la multitud saqueó las casas de los funcionarios encargados de cobrar los impuestos sobre la harina, los cueros, las carnes, etc.; se redujeron y tasaron los precios de los víveres, y cuando protestaron los señores de la alta burguesía, la multitud los lapidó, llegando en algún caso hasta cavar en su presencia la sepultura en que se les había de enterrar, y hasta traer el ataúd para impresionar más a los refractarios, que se apresuraban a ceder. Todo pasó entonces (abril 1789) sin la menor efusión de sangre. Es «una especie de guerra declarada a los propietarios y a las propiedades», dicen las relaciones de los intendentes y de los funcionarios municipales; «el pueblo continúa declarando que no quiere pagar nada: ni impuestos, ni derechos, ni deudas» (1).

Desde entonces, es decir, desde abril, los campesinos comenzaron a saquear las viviendas señoriales y a obligar a los señores a abdicar sus derechos. En Peinier obligaron al señor «a firmar un documento por el cual renunciaba a sus derechos señoriales de toda especie» (carta en los Archivos); en Riez querían que el obispo quemara sus archivos. En Hyères y otras poblaciones quemaban los papeles viejos concernientes a los derechos feudales y los impuestos. En resumen, en Provenza vemos ya desde el mes de abril el principio de la gran rebelión de los campesinos que había de forzar a la nobleza y el clero a hacer sus primeras concesiones en 4 de agosto de 1789.

Compréndese fácilmente la influencia que esos motines y esa fermentación ejercieron sobre las elecciones para la Asamblea nacional. Chassin (*Génie de la Révolution*) dice que en algunos puntos la nobleza tuvo gran influencia en las elecciones, y que en aquellas localidades los electores campesinos no se atrevieron a quejarse de nada. En otros puntos, especialmente en Rennes, la nobleza aprovechó hasta las sesiones de los Estados Generales de Bretaña (fin de diciembre de 1788 y enero de 1789) para tratar de amotinar el pueblo hambriento contra los burgueses. Pero ¿qué podían esas últimas convulsiones de la nobleza contra la ola popular ascendente? El pueblo veía que más

(1) Cartas en los Archivos Nacionales, H, 1453, citadas por Taine, t. II, p. 24.

de la mitad de las tierras, en poder de la nobleza y del clero, quedaban incultas, y comprendía, mejor que si los estadísticos se lo demostraran, que mientras el campesino no se apoderara de esas tierras para cultivarlas el hambre sería permanente.



LIBERACIÓN DE UN PRESO POR LOS PATRIOTAS BRABANZONES

(Reproducción de una estampa de la época)

La misma necesidad de vivir y todo el conjunto de circunstancias que constituían el medio ambiente de la época, sublevaban al campesino contra los monopolizadores del suelo.

Durante el invierno de 1788-89, dice Chassin, no pasaba día en el Jura sin que fueran asaltadas las conducciones de trigo (p. 162). Los militares de grado superior deseaban «castigar» al pueblo; pero los tribunales se negaban a condenar y hasta a

juzgar a los hambrientos rebeldes. Los oficiales se negaban a disparar contra el pueblo. La nobleza se apresuraba a abrir sus graneros, *temiendo ver arder sus palacios* (era al principio de 1789). —En todas partes, dice Chassin (p. 163), por efecto de la agitación dominante, estallaban motines semejantes: en el Norte y Mediodía, en el Oeste y en el Este.

Las elecciones prestaron mucha animación y despertaron muchas esperanzas en los pueblos.

Generalmente, como fácilmente se comprende, el señor ejercía una gran influencia; pero cuando en un pueblo se hallaba algún burgués, médico o abogado, que hubiera leído a Voltaire o siquiera el folleto de Sieyès; en cuanto había algún tejedor o albañil que supiera leer y escribir o leer sólo en caracteres impresos, todo cambiaba; los campesinos se apresuraban a exponer *sus quejas* sobre el papel.

Verdad es que la mayor parte de esas quejas se limitaban a cosas de orden secundario y de escasa importancia; pero casi siempre se veía manifiesta (como en el levantamiento de los campesinos alemanes de 1525) la idea eminentemente revolucionaria de que los señores *deben probar sus derechos* a las exacciones feudales (1).

Una vez presentados sus cuadernos, los campesinos esperaban; pero también las lentitudes de los Estados Generales y de la Asamblea nacional les irritaba, y en cuanto terminó el terrible invierno de 1788-89, en cuanto se vió el claro sol y con él la esperanza de una próxima cosecha, comenzaron nuevamente y aun con mayor apasionamiento los motines, sobre todo después de los trabajos de la primavera.

Evidentemente la burguesía intelectual aprovechó las elecciones para propagar las ideas de la Revolución. Se formó un «Club constitucional», y sus numerosas ramificaciones se esparcieron por las ciudades, hasta en las más pequeñas. La indiferencia que extrañó tanto a Arthur Young en las provincias del Este existía sin duda; pero

(1) Doniol, *La Révolution française et la féodalité*.

en otras provincias se aprovechó la burguesía de la agitación electoral.

Hasta se vió que los acontecimientos que tuvieron lugar en junio en Versalles, en la Asamblea Nacional, fueron ya preparados algunos meses antes en las provincias; de modo que en el Delfinado se adoptó la unión de los tres órdenes y el voto por cabeza en el mes de agosto de 1788 por los Estados de la provincia, bajo la presión de las insurrecciones locales.

No se crea, sin embargo, que los burgueses que se significaron durante las elecciones fueran revolucionarios; no eran sino moderados, «insurrectos pacíficos», como dice Chassin. Respecto a medidas revolucionarias, el pueblo lleva la palabra, puesto que se forman sociedades secretas entre los campesinos, y que hay desconocidos que aconsejan al pueblo que no pague los impuestos y que los haga pagar a los nobles. O bien se anuncia que los nobles han aceptado ya pagar todos los impuestos, pero que no es sino una astucia de su parte. «El pueblo de Ginebra se ha emancipado en un día... ¡Temblad, nobles!» Circulan también secretamente folletos dirigidos a los campesinos (por ejemplo, el *Aviso a los habitantes de los campos*, esparcido en Chartres).

En resumen, la agitación en los campos fué tal — dice Chassin, que es quien mejor ha estudiado este aspecto de la Revolución —, que aunque París hubiese sido vencido el 14 de julio, *no era ya posible volver el estado de los campos al en que se hallaban en enero de 1789*, porque hubiera de haberse conquistado cada pueblo uno por uno. Desde el mes de marzo nadie pagaba los censos (p. 167 y siguientes).

Compréndese la importancia de esta fermentación profunda en los campos. Si la burguesía instruída aprovechaba los conflictos de la corte y de los parlamentos para suscitar la agitación política; si trabajó activamente en la siembra del descontento, la insurrección campesina, ganando también las ciudades, fué la que constituyó el verdadero fondo de la Revolución; la que inspiró a los diputados del Tercer Estado la resolución que expresaron en Versalles de reformar

todo el régimen gubernamental de Francia y de comenzar una revolución profunda en la distribución de las riquezas

Sin la rebelión de los campos, que comenzó en el invierno de 1789 y llegó con su flujo y reflujo hasta 1793, no se hubiera realizado jamás de modo tan completo la caída del despotismo real, ni se hubiera acompañado de tan profundo cambio político, económico y social. Francia hubiera tenido una parodia de Parlamento, como el que tuvo Prusia en 1848, pero esa innovación no hubiera tomado el carácter de una revolución; habría quedado superficial, como lo fué después de 1848 en los Estados alemanes.

